

## CAPITULO CXXXIX.

Hábil movimiento ejecutado por Alejandro Farnesio.—Regreso á los Países Bajos.—Agrábanse sus dolencias.—Su muerte.—Juicio de algunos historiadores.

Nunca había creído Enrique tener mas seguro un triunfo decisivo sobre el duque de Parma, que al verle con su ejército dentro del círculo de hierro formado por él.

Todos los puntos por donde el de Parma pudiera escapar, perfectamente estudiados por Enrique y tomados por sus tropas, constituían una barrera imposible de salvar.

Necesaria era toda la serenidad, todo el genio de Alejandro Farnesio para burlar las esperanzas tan justamente concebidas por Enrique y librar aquel ejército confiado á su mando.

El proyecto que concibió y que llevó á cabo, sorprende por lo atrevido y demuestra perfectamente la fecundidad de recursos de aquel entendido general y su audacia y su enérgica firmeza para realizar lo que concebía.

Atravesar el Sena con todo su ejército, artillería y bagajes, teniendo frente á sí un enemigo poderoso, era una operación que requería tanta habilidad como atrevimiento, y tanta destreza como valor, á fin de engañar al contrario para que no pudiera sospechar el movimiento que intentaba hacer.

El día 21 de mayo de 1592 verificóse este admirable movimiento estratégico que, como dice un historiador moderno, «dejó tan asombrado y burlado á Enrique de Borbon, como admirado y atónito á Mayenne y á todos sus capitanes y amigos.»

Merced á este movimiento estratégico pudo Alejandro Farnesio marchar tranquilamente sobre París, donde se presentó habiendo recogido á su paso considerable cantidad de víveres que depositó en la capital, la que le recibe con extraordinario entusiasmo y gratitud por el socorro que le llevaba.

Ofrecenle ostentoso hospedaje, tratan de obsequiarle lo mismo á él que al valeroso ejército que le acompaña, mas Alejandro, temeroso que las delicias de aquella nueva Capua enerven y corrompan la moral del soldado, no solamente prohíbe la entrada del ejército en la ciudad, sino que tras un breve descanso ordena el regreso á Flandes.

En vano fue que se le hicieran las mas halagadoras ofertas, que se le procurara comprometer por todos los medios posibles al objeto de que permaneciese algun tiempo en París; comprendía perfectamente la falta que estaba haciendo en los Países Bajos; sabía muy bien que aquellas ausencias que de orden del Rey se veía precisado á hacer, atrasaban de un modo extraordinario la pacificación de aquellas provincias, y además comprendía que su salud, alterándose mas á cada momento, hallábase tan resentida, que exigía de un modo imperioso algun descanso.

Por lo tanto abandonó á París, volvió á cruzar el Sena, y en Thiery reparte una paga á sus soldados, déjales que descansen algunos días, y aprovecha al mismo tiempo esta detención para escribir al Monarca manifestándole lo que había hecho, el mal estado de su salud, que le obligaba á volver á tomar las aguas de Spa, segun le aconsejaban los facultativos, rogándole, por lo tanto, que nombrase persona que se encargara del ejército y del gobierno de Flandes, toda vez que su salud no le permitía continuar con aquellos cargos.

En julio de 1592 regresó á Flandes, habiendo sido su segunda expedición á Francia una nueva carrera triunfal, llenando de admiración tanto á los amigos como á los adversarios, pero que en cambio había sido altamente perjudicial para los intereses que España tenía en Flandes, del mismo modo que lo había sido la anterior expedición.

La contestación que Felipe dió á la súplica hecha por Alejandro, fue la que podía esperarse del egoísmo, por decirlo así, que le caracterizaba.

Alejandro Farnesio le servía admirablemente, era el capitán mas afamado de su tiempo, unia la discreción al valor, y la astucia al atrevimiento, se hacia simpático lo mismo á los amigos que á los enemigos, idolatrabanle sus soldados; secundábanle perfectamente sus oficiales, y en resumen, era el instrumento mas útil que tenía para todos sus proyectos.

¿Cómo era posible que consintiera en que se separara de la vida activa en que él le necesitaba? Accedió á que tomase las aguas de Spa, pero en cuanto á lo demás, le mandaba que se dispusiera para emprender la tercera expedición á Francia, expedición en que tenía grandes esperanzas.

Quería, y así se lo manifestaba, que estuviera Alejandro presente en el Parlamento ó Asamblea que los de la Liga habían convocado para ocuparse de la elección de monarca, al objeto de que con su habilidad y su destreza procurase dar autoridad al candidato que Felipe había pensado para aquel trono, candidato del que pronto nos ocuparemos.

Demasiado sabia, que hablándole de este modo, Alejandro le obedecería, y efectivamente, el duque de Parma, hidrópico, sintiendo que su salud por momentos se iba quebrantando, y que su existencia era muy corta, decidió sacrificar los últimos días que le restaban de ella, y sus propios intereses, puesto que para enviar algunas fuerzas á Francia, no tuvo mas remedio que negociar por sí, en Amberes, por valor de 300,000 ducados.

La desgraciada expedición á Inglaterra, los gastos extraordinarios

ocasionados por la cuestión francesa, y los sucesos ocurridos en la Península, de los cuales nos ocuparemos tan luego hayamos terminado lo de Francia, tenían exhausto por completo el Tesoro español, y cual si esto fuera insuficiente, un cargamento de barras de oro que venía de la India había sido apresado por los ingleses, que estaban vigilando sin cesar.

En el mes de octubre trasladóse á Arras al objeto de activar los proyectos de su Soberano, pero las fuerzas faltaronle antes que el ánimo, y finalmente, el día 2 de diciembre, comprendiendo que su postrer momento estaba cercano, hizo su testamento, firmó algunos despachos, recibió los sacramentos, que pidió él mismo, y al día siguiente, á los cuarenta y siete años de edad, falleció, siendo conducido su cuerpo á Bruselas, donde se le hicieron magníficos funerales, poniéndose sobre su sepulcro la siguiente inscripción: *Alejandro Farnesio, vencidos los flamencos y librados del cerco los franceses, mandó que se pusiese su cadáver en este humilde lugar, á 2 de diciembre de 1592.*

Grande era la pérdida que Felipe II experimentaba con la muerte de Alejandro, que en prudencia, en valor, en pericia militar, en destreza y en honradez no reconocía igual.

Nuestro moderno historiador Lafuente, ha resumido en los siguientes párrafos los juicios formados por escritores de distintas ideas políticas y comuniones religiosas, en las cuales creemos que está condensado todo el mayor elogio que de aquel esclarecido varon puede hacerse. Dice así: «Gran capitán (dice un historiador católico), y de nombre tan claro, sin duda alguna, que su fama puede colocarle entre los mas célebres de la antigüedad.» «La muerte de Alejandro (dice otro historiador religioso), se recibió como grave herida de la república cristiana... Perdian los flamencos un justísimo gobernador, los italianos un restaurador de la antigua gloria de sus armas, los franceses al libertador de la religión católica dos veces reducida al extremo. Ni los enemigos tuvieron por lícito alegrarse de la muerte del Duque, porque era temido, no aborrecido de ellos.» «Así murió (dice un escritor protestante), Alejandro Farnesio, duque de Parma. Se granjeó la admiración de su siglo y la de los posteriores, por su prudencia y su gran sagacidad. Su talento para los negocios políticos, y mas para los de la guerra, le valió la gran reputación de que goza... Menos por la fuerza de las armas que por su moderación, su prudencia y habilidad en manejar los corazones, restituyó á la obediencia del rey de España una gran parte de los Países Bajos; y si Felipe hubiera seguido sus consejos en todas las ocasiones, como los siguió en algunas, es muy probable que hubiera recobrado toda aquella hermosa porción de Europa; la Inglaterra habría quizá sido conquistada, y la Francia oprimida despues bajo el peso enorme que hubiera entonces tenido la potencia española... El duque de Parma, siempre fiel y sumiso á su Soberano, cumplió tambien siempre con la mas escrupulosa exactitud todas las obligaciones que contrajo con los pueblos de Flandes, que sometió por la fuerza de las armas.»

Fácilmente se comprenderá en vista de este tan unánime juicio formado por tan distintos escritores, lo importante de la pérdida, que el Monarca español había tenido, mucho mas por las circunstancias en que ocurrió, y por los proyectos que aquel tenía.

Felipe II habíase atraído, por su afán en excluir de la corona de Francia á Enrique IV, la enemistad con el pontífice Sixto V que, á pesar de haber excomulgado por hereje al príncipe de Bearne, lo que produjo que este le apellidase públicamente, como en otro lugar dijimos, enemigo de Dios, tirano y verdugo de la Iglesia, mostrábase un tanto inclinado á absolverle y aun á reconocerle por rey, lo cual dió lugar á instrucciones bastante irreverentes por parte de Felipe á sus embajadores, y á la conducta dura con que trataban al Pontífice.

«Por justo respeto á la Silla apostólica, de que somos y hemos sido siempre veneradores, omitimos las palabras mas duras y la acre y atrevida censura que los embajadores de Felipe II se permiten hacer del Pontífice y de la corte romana,» dice un historiador moderno, y efectivamente sorprende un lenguaje tan descarnado y tan audaz con la Cabeza visible de la Iglesia, con el Jefe del Catholicismo, y de parte de los embajadores de un monarca que se apellida católico.

Inminente era un rompimiento entre Felipe II y la Corte romana, puesto que Sixto V seguía negociando con Enrique IV, cuando la muerte del Pontífice, ocurrida en 27 de agosto de 1570, vino á impedir tan desgraciado acontecimiento.

Urbano VIII, que sucedió en el pontificado á Sixto, aun cuando por breve tiempo, mostróse mas favorable á la política española que su antecesor, lo cual permitió á Felipe II poner en práctica sus propósitos.

Precisamente el momento de hacerlo era el mas oportuno, y el Monarca español, que sabia muy bien las circunstancias por que atravesaba la Francia, y el efecto que produjeran las expediciones de Farnesio y á quien la suerte había protegido con la muerte de Sixto V, decidióse por obrar del modo que vamos á exponer en el capítulo inmediato.



CLEMENTE VIII.

## CAPITULO CXL.

Instrucción enviada por Felipe II á su embajador en París.—Consideraciones sobre ella.—Pontífices que sucedieron á Urbano VIII y política que hicieron.

De ningún modo puede comprenderse todo lo atrevido del pensamiento de Felipe II y lo tortuoso y maquiavélico de sus planes, y la inmensa ambición que le devoraba, como leyendo la instrucción que, con fecha 8 de octubre de 1590, envió á su embajador en París.

En ella está puesta completamente en relieve la conducta y las aspiraciones de Felipe en la cuestión francesa, y se ve claro y explícito el verdadero objetivo de todos sus planes.

Del modo que se proponía realizarlos, lo demuestra la mencionada instrucción, pues que en ella no falta el menor detalle, siendo, como dice un historiador, medio más seguro para conocer toda aquella misteriosa trama, que todas las historias que respecto al particular se escribiesen.

En la imposibilidad de transcribirla íntegra, por la índole de nuestra publicación, nos contentaremos con reproducir algunos de sus más notables párrafos:

«Lo primero, decía, limpiar las riberas y pasos que el de Bearne había tomado para quitarle las vitualas y fortificar aquellos puestos, y poner en ellos cabezas y personas enteramente confidentes á los de la Liga católica, para que otra vez no pueda suceder otro inconveniente como el pasado. Al mismo tiempo se acuerde y exhorte á los de París y á todos los Señores y villas católicas de Francia que están concordadas y á una en excluir al de Bearne y extirpar las heregías, atendiendo al bien común de sola la causa católica, sin tirar á sus particulares, con que se podrían luego dividir y destruir.

«Es muy de considerar para procurar el remedio la desigualdad que ha habido en lo de nombre de Rey, y lo que eso lleva tras de sí, pues el cardenal de Borbon, que tuvo ese nombre, estaba preso, y muerto él, contrasta el cuerpo católico sin cabeza que tenga nombre de Rey contra el de los hereges que la tienen con nombre y pretensiones de Rey, que es lo que quizás ha ayudado su parte á que los católicos ó políticos que siguen al de Bearne no le acaben de desamparar no viendo destrotro lado Rey católico á quien arriarse.»

Proseguía indicando los medios de halagar y á la vez hacer desistir del propósito de ocupar el trono francés al duque de Mayenne y al de Guisa; manifestaba la opinión de que el medio más sencillo de elegir rey sería encomendar este asunto al Parlamento y consejo de París, y para tal caso añadía:

«Con el reciente beneficio del socorro recibido, y con la experiencia clara confirmada por tantas pruebas de buenas obras estos años, no haría mucho París en querer, llegado este punto, saber el voto y parecer de S. M. En él, pues, es muy puesto en razón que habiendo sido el solo amparo y defensa de lo sano y católico de Francia, se ponga Rey que le sea grato en el Reyno, conservando por su mano, y así sin ningún mal sonido se les podrá echar en los oídos por los medios más á propósito que allá se descubrieren.

«Si metidos en esta plática mostrasen gana de saber quien desea S. M. que sea Rey, se les podrá responder al principio con generalidad, diciendo que el que mejor fuere para establecer la religión católica, que como esse es su fin principal, esse le agradaría más, que más pudiese ayudar á ello.

«A este título, que es muy bueno, se debe excluir de este lugar el cardenal Vandoma... y mucho más al sobrino que dicen se cria en la Rochela, y en fin todos los de la casa de Borbon, pues todos ellos han tomado las armas por los hereges.

«De aquí se podrá pasar á insinuarles diestramente los derechos de la señora Infanta (1), no solo á todos los estados que como bienes dotales se juntaron por matrimonio y por hembras á la casa de Francia, que ahora han de salir de justicia á su derecha línea, pero aun á mucho más, siendo como fue invención todo lo de la ley Sálica, como lo saben muy bien los más leídos y entendidos de ellos. Pero iráse en todo esto con el tiento que conviene para no enconar la materia sino descubrir tierra y ánimos.»

«Si el tiempo y progreso del negocio diere lugar á poderse consultar á S. M. la persona á quien allá más se inclina, esto será lo mejor, y avisarle en diligencia como toman lo que toca á la señora Infanta ó quien tiene apariencia de poder salir con ello, y más parte entre los católicos, y los fundamentos y fuerzas, valedores y amigos de cada uno de los que pueden concurrir.

«Mas si no hubiere este espacio, y las cosas obligasen á nombrar Rey con más brevedad, y quisieren elegir al marqués de Ponts, bien podrá venirse en él de parte de S. M.; y aun si acaso, lo que no se cree que terná tanto lugar, echar en mano para esto del duque de Guisa, también se podrá admitir lo uno y lo otro, entre otras razones, porque por uno de estos caminos quedará al duque de Umena más seguro el lugar que se le debe de segunda persona en Francia, y la mayor autoridad, y el manejo de las armas en que se ha de hacer el esfuerzo posible para conservarle.

«A cualquiera que se haya de elegir, pues, para alcanzar la corona y para conservarse en ella, le importará tanto la ayuda y favor de S. M., con las dificultades que le quedan, se le ha de hacer ra-

(1) Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II.

tificar la capitulación de la Liga que pasó entre S. M. y el cardenal de Borbon y los demás católicos, porque á su tiempo haga cumplir las condiciones de ella y ponerlas en ejecución en todos sus puntos y partes.

«Que en particular se haga cumplir luego tras la elección á S. M. lo de Cambray como está capitulado.

«Y pues también se asentó con el dicho cardenal de Borbon, que viniendo él á la corona hubiese de satisfacer á S. M. todos los gastos hechos en beneficio de la Liga, se encargue el nuevo Rey de cumplir esta condición, pues los gastos han sido tan grandes y tan en su beneficio, que mediante ellos le alcanzará esta buena suerte.

«No habiendo dinero pronto para poder luego pagar esta suma, que es grande, antes siendo verosímil que adelante habrá menester el que así fuere elegido, asistencia de otras ayudas, será justo que se den á S. M. algunas prendas y plazas entre tanto, y estas se habrá de procurar á su tiempo que sean vecinas á sus Estados Bajos y á propósito para contra Inglaterra lo más que se pudiere.

«No menos es justo que se prenda el nuevo Rey en no casarse sino á gusto y voluntad de S. M., pues lo de la mujer y parientes que tomare, puede importar tanto para la Religión y bien de Francia y para la seguridad de los príncipes vecinos.

«También será bueno sacar, para el caso de empresa contra Inglaterra, puertos seguros en Francia y otras asistencias de vitualas y marineros para la armada de S. M.

«Todas estas son condiciones generales que se han de procurar sacar á cualquiera que haya de entrar en la corona, pero si acaso fuese su hijo del duque de Lorena, se representa otra cosa particular que mirar, y es del inconveniente que sería andando el tiempo juntarse el ducado de Lorena con la corona de Francia, pues cuando, olvidadas con él las buenas obras que al presente recibe aquella casa, de mano de S. M. quisiese atravesarse y embarazar aquel paso, podría hacer harto desabrimiento.

«Ofrecense dos caminos para preservar esse daño y no incurrir en él; el uno que á trueque de la ayuda y asistencia para alcanzar el Reyno que S. M. les ha de dar, tanto de algunos derechos que se les podrían comunicar como de los demás medios, quedase á S. M. el Estado de Lorena para poderse con esto dar la mano el condado de Borgoña y Países Bajos. El otro medio, que cuando eso no se pudiese encaminar sea á lo menos lo de Lorena del hermano segundo y sus descendientes, sin poderse juntar á Francia, para que así se quiten celos tan justos á los vecinos, lo cual se ha de procurar mucho en el caso referido por uno de esos caminos, insistiendo en ellos por sus grados.»

Como se ve, Felipe lo había previsto todo, y el candidato que para él reunía mejores condiciones, fuera de la Infanta, que era su principal deseo, era el marqués de Ponts, hijo de una hermana de Enrique III y esposa de Carlos de Lorena, y en último caso al duque de Guisa.

Del anterior documento se desprende, que el plan de Felipe II consistía en excluir á todos los aspirantes á la corona de Francia que fuesen ó protestantes ó poco fervorosos católicos, y conseguido esto, ó ceñir aquella á las sienas de su hija, ó dársela á una persona de su confianza, á quien pudiese manejar y cuya política pudiera dirigir y de todos modos ejercer una influencia extraordinaria, influencia á que él aspiraba con afán, en la marcha de los asuntos interiores de la nación vecina, obligando á los católicos con socorros de hombres y dinero.

Secundaron sus miras, por lo que á la religión interesaba, los papas Urbano VIII, Gregorio XIV, Inocencio III y Clemente VIII, que se sucedieron en un período de menos de tres años y que lejos de imitar la conducta de Sixto V ayudaron en mayor ó menor escala al Monarca español, llevando Clemente esta ayuda hasta el punto de poner á su disposición un cuerpo de tropas para socorrer á los ligeros franceses.

Una gran parte de estos se hallaba muy lejos de adherirse á los proyectos de Felipe II; los católicos templados ó políticos, como se los llamaba, cuyo número crecía diariamente, y que se pronunciaban resueltamente en contra de un monarca extranjero, deseaban un monarca francés y anhelaban la conversión de Enrique IV para pasarse á militar en sus filas. No carecía por esto el hijo de Carlos V de partidarios que sirviesen sus designios, entre los católicos exaltados que dominaban en el Consejo de los Diez y seis, los cuales llegaron á decirle en un mensaje:

«Podemos asegurar á V. M. que los deseos y votos de todos los católicos son de veros, señor, tomar el cetro y la corona de Francia y reinar sobre nosotros, como nosotros nos echamos de buena gana en vuestros brazos; ó bien que coloquemos aquí alguno de vuestros hijos, ó nos deis otro, el que sea de vuestro mayor agrado; ó elijais un yerno, al cual con todo el mayor afecto, devoción y obediencia que puede desearse de un pueblo bueno y fiel, recibiremos por rey y le obedeceremos.»

Por desgracia para Felipe II, no estaba lejos el día en que las grandes dotes y la abjuración de Enrique IV habían de tornar en quimeras sus más queridos proyectos, según tendremos ocasión de ver en los próximos capítulos.



J. SERRA, Lit.

Lit. VIDAL, Ome, 29.

ABJURACION DE ENRIQUE IV.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.